

AIBR

REVISTA
DE ANTROPOLOGÍA
IBEROAMERICANA

¿Sabía que...

...**AIBR** es la única revista de antropología en español incluida en el *Social Sciences Citation Index* publicada por un organismo no estatal?

...**AIBR**, a diferencia de la mayoría de las revistas científicas con índice de impacto, no es propiedad de una editorial comercial? Cada euro que genera AIBR se utiliza íntegramente en el fomento de la Antropología, no en el pago de dividendos a inversores privados.

...**AIBR** tiene un índice de suscriptores superior al de la mayor parte de revistas de ciencias sociales?

...**podemos hacer muchísimo más si usted se asocia a AIBR?**

POR FAVOR, AYÚDENOS A IMPULSAR ESTE PROYECTO

Si usted o su institución se asocia a AIBR podremos llegar mucho más lejos, llevar adelante nuevas iniciativas y visibilizar más nuestra disciplina.

Por favor, considere formar parte activa de este proyecto a través de la siguiente web:

<http://asociarse.aibr.org>



SOPHIE CARATINI

Lo que no dice la antropología.

AÑO: 2013

ISBN: 978-84-96327-98-6

PÁGINAS: 206

MADRID: Ediciones del oriente y del mediterráneo, colección *Disenso*.

LUCÍA ECHEVARRÍA VECINO / UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Reseña

Lo que no dice la antropología, de Sophie Caratini, fue publicado por primera vez en Francia en 2004. Más tarde, en 2012, vio la luz una edición actualizada y aumentada, que ha sido traducida al castellano por Inmaculada Jiménez Moll, y publicada en España en 2013.

El libro de Caratini constituye una entusiasta invitación a un enfoque reflexivo radical, capaz de adentrarse en todo aquello que la antropología no se atreve a decir, y que podría enunciarse, inicialmente, como sigue: la búsqueda de la alteridad –y correlativamente, de la identidad– propia de la disciplina está anclada en problemáticas personales y relacionales que atraviesan todas las fases de la trayectoria antropológica. Esta cuestión central, que va desgranándose en problemáticas múltiples, ejemplificadas en la propia trayectoria académica de Caratini y en su prolongada experiencia entre las sociedades nómadas del Sáhara occidental (especialmente los Erguibat de Mauritania), actúa como *leit-motiv* a lo largo de un agudo trabajo de desvelamiento de lo «no dicho» de fuerte impronta psicoanalítica.

Al acercamiento inicial a la disciplina, o a la elección del área de estudio, subyacen ya motivaciones y proyecciones no necesariamente conscientes, o imponderables, de índole diversa. Ahora bien, desvelar las

premisas de la propia vocación pondría en peligro a una disciplina que ha de simular que pertenece a una comunidad científica con un verdadero objeto de investigación, con certezas y conceptos sólidos. He aquí el *quid* de la cuestión, una de las tesis centrales de Caratini: es el temor a la pérdida de estatus de la disciplina el que impide «decir» aquello que «la antropología no dice». Por esa razón, la persona investigadora se presenta objetivada y se refiere a un/a «otro/a» también objetivado/a¹.

Y sin embargo, sostiene Caratini, el valor heurístico de la disciplina reside en el hecho de que la antropología penetra en la carne y en el inconsciente: aquí reside la clave, silenciada por los mismos motivos, y enunciada ya por la autora en el prefacio, al hilo de la narración de un «accidente psíquico» que vivió en el transcurso de su trayectoria. El rito de paso que el trabajo de campo constituye, supone una confrontación con otros esquemas culturales que puede ser profundamente desestabilizadora. Son el cuerpo y las emociones, en su calidad de primeros instrumentos de aprendizaje, los *locus* de esa experiencia angustiosa de incorporación de una nueva estructura cognitiva. No se habla sin embargo de los efectos y transformaciones corporales, psíquicas y mentales de esta experiencia, pese a que, para Caratini, es precisamente la profundidad de la brecha en el propio sistema de referencias, el grado de conmoción que se llegue a generar, el que garantiza la calidad del conocimiento.

Una paradoja emerge del soslayamiento de otra cuestión central: una disciplina basada en la relación entre sujetos constituye sin embargo esta relación en un secreto, al no ser capaz de reconocer hasta qué punto los datos dependen del encuentro. De cómo se negocie la propia pertenencia y la relación con el poder, de la superación de las sospechas y el control, de las posibilidades de trascender o sacar partido de los constreñimientos físicos o corporales que se imponen a quien investiga, de las pulsiones y repulsiones propias y ajenas, de los afectos, de las intenciones de los actores que se ponen en juego, dependen esos datos. Pero, una vez más, reconocer el lugar de la intención, la emoción y el vínculo, supone asumir la imposibilidad de toda objetividad.

Caratini se adentra igualmente en el complejo territorio de aquello que uno/a desconoce de sí mismo/a, y que no puede por tanto decirse: la parte inasible de la propia historia, guardada en la memoria del inconsciente, impacta en el conocimiento de un modo difícil de medir. Reaparece

1. Si bien este desdoblamiento masculino / femenino no se realiza en la traducción al castellano del libro de Caratini, he optado por utilizarlo a lo largo de la reseña. En el francés original, algunos términos en los que recurriré a dicho desdoblamiento no están genéricamente marcados («l' anthropologue», «l' autre», entre otros). La traducción al castellano tiende a reforzar la invisibilización del género femenino, de modo que esta opción me ha parecido especialmente pertinente.

la centralidad del cuerpo en el proceso de conocimiento, al ser este el primer lugar de registro de la memoria emocional de la propia experiencia, que almacena esquemas de percepción, interpretación y repetición. En el trabajo de campo se activan conexiones internas, no siempre conscientes, con la historia pasada, que afectan a lo que se percibe y se interpreta. Pero, además, la misma búsqueda de lo lejano desconocido puede ser comprendida como un intento de acceder a los vacíos del propio discurso, para comprender(se). La elección de una u otra cultura respondería a una transferencia. La elección de la «problemática», al desplazamiento de los propios problemas sobre «el/la otro/a», **pero también, a la influencia de la «problemática» del/la «otro/a» sobre el trabajo de uno/a.**

Otros aspectos indecibles del método residen en el carácter parcial, selectivo, inestable y condicionado de la observación y de la participación. Las principales consignas metodológicas están además cargadas de paradojas; imponen desdoblamientos permanentes entre el distanciamiento y la mediación estructurada requeridos por la observación, y la aproximación inconsciente y transformadora de las estructuras cognitivas propia de la participación. Si bien la clave del método reside, para Caratini, en el equilibrio inestable entre esas múltiples tensiones conscientes e inconscientes, las complejidades de esta fase fundamental de «acumulación» se dejan en la sombra, mientras se privilegia el análisis. Lo mismo sucede con la ética: si bien son los dilemas, paradojas y conflictos internos los que dan cuenta de la naturaleza profunda del rito, nos limitamos a evacuarlos en receptáculos destinados a no ser difundidos. Se impone de nuevo el pudor y el temor a la pérdida de legitimidad de la disciplina, que no admite sino enfoques reflexivos comedidos, distanciados, reescritos.

Es así como la propia escritura se esfuerza por ocultar las vivencias, las condiciones de producción de los materiales y de la problemática: reconstruye el «objeto», hace desaparecer al sujeto, la relación, lo humano. Requiere una nueva escisión para mostrar otro punto de vista: el de la ciencia. De nuevo emerge la paradoja fundamental: una disciplina que fundamenta su especificidad en lo humano, trata lo humano como la flaqueza que se ha de esconder para construir una verdadera ciencia. Pero lo que se trata de ocultar sigue estando ahí. Las asociaciones que se realizan para construir discurso científico están profundamente ligadas a lo emocional. La escritura es, nos dice Caratini, un reto existencial, un modo de sublimación, de resolución de las fisuras internas, de articulación de las tensiones y traumatismos generados por las relaciones en el campo, y por otras anteriores; es un discurso que fluye, precisamente, en torno a las propias preguntas-agujero. Y aunque esto no se diga, aflora cuando el estilo se desplaza del registro científico al literario, más metafórico: es

en los intersticios del texto cuando puede reemerger el yo, y con él, la memoria afectiva y la historia de las relaciones intersubjetivas.

Otras cuestiones de carácter político largamente silenciadas hacen referencia a la pertinencia de los datos, o a las propias proyecciones en la identificación de los términos del debate, ocultas tras la focalización en las modalidades del análisis. Se soslayan así cuestiones como en qué medida «el/la otro/a» se reconocería en el conocimiento que sobre él/ella se genera, vinculadas al carácter hegemónico de la definición occidental de la alteridad.

Varios años después de la primera publicación del libro, se añaden algunas reflexiones fruto de la distancia temporal. Caratini incide sobre el carácter político de las convenciones académicas, y sobre las lógicas de dominación que estructuran la transmisión de los saberes en el ámbito académico. Renueva su invitación a una auténtica reflexividad, más allá de los tímidos intentos recientes, alentando explícitamente a la publicación de los diarios de campo inéditos.

El libro finaliza con una conversación con Maurice Godelier. Sus avatares entre los Baruya de Nueva Guinea dialogan con los de Caratini entre los Erguibat. Al hilo de ese diálogo, emergen de nuevo muchas de las cuestiones abordadas por Caratini, bajo el prisma del contraste. Temas como las transacciones y manipulaciones que permiten la asignación de un lugar social en el campo, la complejidad de las relaciones, el papel del azar en decisiones cruciales de la vida del/la antropólogo/a, el carácter no definitivo de las teorías recibidas, la influencia de la propia historia en la teorización, las transformaciones teóricas y políticas que produce la estancia en el campo, la centralidad del cuerpo en los procesos de conocimiento, las rivalidades en el mundo académico o los retos más actuales de la antropología..., aparecen al hilo de un diálogo íntimamente referido a las experiencias vividas.

Caratini nos regala de este modo un lúcido diagnóstico que desvela, al modo psicoanalítico, los problemas, paradojas, engaños y autoengaños que acompañan al quehacer antropológico, dando cuenta de las profundas y transformadoras implicaciones existenciales propias de una experiencia antropológica seriamente asumida. Dada precisamente la trascendencia vital de dicho proceso, la aplicación de categorías psicoanalíticas que refieren a hechos traumáticos, proyecciones, transferencias y sublimaciones inconscientes, resulta profundamente esclarecedora.

Su invitación a la reflexividad pasa por un valiente ejercicio de análisis de la propia experiencia, cuyo alcance va mucho más allá de los tímidos intentos de reflexividad «distanciada», que con frecuencia se limitan a mencionar, como una retórica aprendida, el carácter dialógico y

situado del conocimiento, sin un verdadero análisis que dé cuenta de sus implicaciones.

Implicaciones que nos obligarían, como bien muestra Caratini, a asumir cuestiones espinosas, que comprometen nuestro narcisismo, y que nos exponen. Pues habríamos de renunciar definitivamente a nuestras fantasías de comprensión totalizadora, coherente y cerrada, basadas en la idea de una mente omnisciente disociada del cuerpo y de las emociones. Supondría aceptar cuánto se queda fuera de nuestro alcance, y reconocer que nuestras elecciones y decisiones temáticas, científicas, analíticas..., responden a motivaciones, relaciones, y experiencias muy ajenas a las razones que tan habitualmente esgrimimos con impecables y encubridoras justificaciones: criterios de pertinencia, necesidad científica de llenar vacíos teóricos... Este ejercicio nos impediría escondernos tras unos «datos» que no son tales, y que hablan de nosotros/as mismos/as tanto como de esos/as otros/as a quienes sí tenemos el atrevimiento de exponer. Y nos situaría, por fin, en el mismo plano de humanidad que ellos/as. Lo cual supone una redistribución del poder, que requiere, qué duda cabe, algunas renunciaciones.

Caratini está muy lejos de proponer una narración autocentrada anuladora del conocimiento y de la propia disciplina. Ella misma advierte sobre la importancia de no caer en la invalidación posmoderna del conocimiento por reduccionismo al yo. Más bien al contrario, invita con entusiasmo a la toma en consideración, de una vez por todas, de las implicaciones del propio método, así como a la realización de un trabajo activo de reconstrucción y de exposición de los hilos que habitualmente se ocultan. Anima a un ejercicio auténticamente ético y político de flexibilidad, que no haría sino restituir la grandeza de una disciplina que aspira, nada menos, que a la comprensión de lo humano.